



Capítulo 28



La Aventura de Mariátegui

Nuevas Perspectivas

GONZALO PORTOCARRERO - EDUARDO CACERES - RAFAEL TAPIA
EDITORES

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL 1995



Primera edición, julio de 1995.

Cubierta: María del Carmen Herrera y Diego Carvalho Herrera

La Aventura de Mariátegui: Nuevas Perspectivas

Copyright © 1995 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria cuadra 18, San Miguel. Lima, Perú. Tlfs. 462-6390, 462-2540 Anexo 220.

Derechos Reservados

ISBN 84 - 8390 - 980 - 4

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú - Printed in Peru

MARIÁTEGUI: DESARRAIGO Y PEREGRINAJE, EN POS DEL PERÚ ANDINO MESTIZO

Rafael Tapia

Las hipótesis suelen presentarse como iluminaciones intensas que siguen a largos períodos de concentración sin resultados. Al despejarse nuestra confusión somos seducidos por la clave que nos facilita la inteligencia del problema. Al punto que no cesamos en el empeño de experimentar sus posibilidades comprensivas. Sólo quedamos satisfechos cuando esbozamos un mapa de sus significados. La presente comunicación intenta transmitir y, en lo posible, elaborar una hipótesis. Por ello, el tono afirmativo debe ser tomado con reservas. Se trata de presentar una gama de temas y preguntas alrededor de la problemática etnicidad de Mariátegui.

Partimos de la idea que Mariátegui vivió con una tensión étnica interna. Acusó un sentimiento de desarraigo y el intento permanente de superarlo. Este no poder incluirse en un «nosotros» resultó doloroso y movilizador. En la base del problema está la internalización del racismo. En su juventud no integra sus raíces indígenas y se identificó, parcial y externamente, con lo criollo limeño. Asumió un *éthos* blanco, occidental, con tintes cosmopolitas. En este momento y en el inmediato a su regreso de Europa, distante de los arquetipos hispano e indígena, resiente lo que considera carencia de valores, hibridez cultural y ausencia de carácter en el grupo mestizo. Percibimos en este período una fuerte carga de desprecio por su etnicidad mestiza. Pero, a pesar de todo, desde mediados de los años 1920, momento que Alberto Flores Galindo llamó de su agonía, Mariátegui reivindica lo indígena y termina por crear un «nosotros» mestizo, afirmado y esperanzado en su raíz andina. Concepto que tenía más de promesa, de comunidad imaginada que de vínculo real.

Siguiendo esta hipótesis proponemos relacionar conflicto subjetivo con creatividad y capacidad de cambio. Partimos del supuesto de que el desgarramiento interno en Mariátegui, la ausencia de un sentimiento de identificación con un grupo, define su experiencia de aislamiento y libertad. Es el punto de partida de su creación. Principio que está asociado, además y desde muy temprano, a una apuesta por expresar abiertamente sus sentimientos, su forma de percibir el mundo. El carisma de Juan Croniqueur reposa en gran medida en la fresca autenticidad de quien se expone al expresar en artículos y gestos la sensibilidad de su generación, a través de ahondar la exploración en sus propias emociones. Espíritu lábil e inquieto, es capaz de penetrar y radicalizar los repliegues íntimos de diversas experiencias humanas, algunas, en su época, orientadas por concepciones y sentimientos contradictorios. Pocos como él (quizá si los colónidas más radicales) exploraron su sensibilidad: la experiencia religiosa, el amor, el miedo, el deleite estético, la fe política, la ironía o el humor.

Espíritu impulsado y obligado, por su desarraigo, a ser libre, a moverse en mundos culturales diversos: los penetra, reconoce y cuando creemos encontrarlo perdido en un campo de experiencia, o en algún *éthos* -el criollo blanco aristocrático, el criollo popular o el indígena- inicia un movimiento de retorno desafiante. Recuperado en la soledad de su distante lucidez. En un no lugar. Conciencia desasida, insatisfecho, ansioso, en permanente búsqueda, desafía las fronteras étnicas. De otro lado, y quizá, precisamente por esta misma ansiedad de búsqueda y ruptura, estamos frente a una voluntad realizada en el acto creativo. Necesitado permanentemente de volverse a nombrar, reconstruido al agotar una vocación intensamente vivida. El acto creativo lo instituye. Nos encontramos ante una original capacidad de penetrar, experimentar intensamente, absorber un universo cultural y luego desplazarse a nuevas elaboraciones; hacia condensaciones menos preliminares, más completas, muchas veces no del todo explícitas ni concientes que esbozan un mestizaje que no termina de asumir. La evolución de Mariátegui puede verse como una búsqueda de un «nosotros», de una colectividad en la cual se sienta plenamente incluido. Quizá esta búsqueda y permanente reelaboración caracterice su acción creativa de lo mestizo.

A través de este peregrinaje, entre fronteras étnicas y sucesivas vocaciones, Mariátegui necesita redefinir su biografía. Volver a significar el pasado. Organizar su nueva comprensión. Renovar su nombre respondiendo a la nueva configuración de conceptos y sentimientos. Esbozamos la progresión de este movimiento. Su universo étnico cultural primordial es el mestizo indígena de su niñez en Huacho. Pero en su juventud se mimetiza con los medios criollo-aristocráticos que le abre el mundo periodístico (1911-1917). No obstante, simultáneamente, vivencia el mundo criollo popular en Barrios Altos y La Victoria. Particularmente importante el momento en el nuevo barrio obrero de La Victoria, antes de partir a Europa. De entusiasmo, cuando edita *La Razón*, por los carnavales y la alegría criolla popular. Después, el viaje a Europa (1919-1923) y la experiencia italiana: asoma entonces el redescubrimiento de su impronta andina. Incorporado, en 1923, a las Universidades Populares experimenta el máximo desarraigo respecto a las etnicidades parentales, al momento que se aproxima al universo mestizo criollo y andino de los obreros de Vitarte. Y, por último, desde mediados de los años 1920, acercamiento al *éthos* andino por autoinspección biográfica y por vía de descripciones de artistas, intelectuales indigenistas y dirigentes comuneros que lo visitan.

Este recorrido coincide con el itinerario de sus vocaciones: temprana vocación religiosa en Huacho que lo acompaña hasta su adolescencia en Barrios Altos. Sigue una suerte de «vocación por la vida». Por el disfrute intenso de las experiencias humanas abiertas por su encuentro con la cultura urbana criolla y cosmopolita. Una juventud que cumple devotamente con lo que fuera entonces su consigna de vida: buscar experimentar «la voluptuosidad del misticismo y mañana, tal vez, el misticismo de la voluptuosidad». Le sigue una definida vocación por la política a su regreso de Europa. Intensa actividad política en la segunda mitad de los años 1920. A fines de década, sobreviene la crisis con la Komintern, una vez fundado el Partido Socialista, que lo precipita a una cuarta y última vocación: el desafío intelectual de editar *Amauta* con un alcance continental desde Buenos Aires; interrumpida por su muerte. Cada pasaje lo lleva a un momento liminal de distanciamiento y recuperación respecto de la vocación y el *éthos* previo. Rito de pasaje a una nueva expe-

riencia cultural, presidido por una actitud simultánea de compenetración, distancia y elaboración de lo nuevo. Desgarramiento y creación. Rechazo y resignificación. En este movimiento arriba a la imaginación de una nueva elaboración de lo mestizo. Inaugura una nueva condensación cultural.

Así, José Carlos Mariátegui, elaborando el desarraigo como impulso de libertad deviene finalmente en uno de los fundadores del mestizaje de raíz andina. Inscrito en el proceso de integración cultural del presente siglo, inaugura la elaboración de algo nuevo. Ahondando en el sentido de lo peruano, crea el concepto de socialismo andino proyectando en él sus deseos e ideales, expresando su propia vitalidad. Es quien fundamenta y proyecta en el futuro la intuición de Gonzales Prada de la definición andina de la peruanidad. Actualmente, a fines del siglo XX, observamos que su insistencia en la vitalidad de lo andino se reveló certera. Sin embargo, ironía de la historia, no será el socialismo indígena moderno sino la emergencia reciente de la etnicidad chola, el camino de la reconciliación del Perú con sus raíces andinas. Este nuevo momento de lo mestizo, esta etnicidad en proceso de diferenciación, contraviniendo la intuición mariateguiana despliega su especificidad en el impulso de un nuevo tipo social capitalista. Será el capitalismo andino y su expresión política, el liberalismo cholo, al parecer, quienes permitan iniciar la elaboración y superación de la tensión étnica instituyente. Y, también, legitimen, desde el presente, descubrir en Mariátegui uno de los puntos más altos de condensación intelectual del espíritu mestizo.

DESARRAIGO

Para caracterizar la relación de Mariátegui con su etnicidad mestiza vamos a transitar por dos caminos: identificar en su obra el estereotipo mestizo y, simultáneamente, descubrir en las imágenes que dibuja de otros personajes, situaciones o aconteceres, la proyección de sus deseos, valoraciones, amores y odiosidades en relación a su sustrato étnico.

Son innumerables las citas en las que Mariátegui evidencia su relación con lo mestizo. Pero la que más destaca por reveladora es aquella en la que se refiere al pueblo mestizo. Puede muy bien ser referida a Huacho o Sayán o a cualquier pueblo mestizo del Perú:

«Un relente de baja y torpe sensualidad, sin idealización, sin alegría, sin refinamiento, flota pesadamente en la atmósfera del burgo mestizo. Poblaciones que no continúan la línea autóctona y en las que no reaparece sino negativa y deformadamente el perfil indígena. Y que tampoco conservan en su fondo espiritual la filiación española medieval, católica, *Pueblo sin Dios*, las llama Falcón. Podría llamarla un poco más abstractamente pueblo sin Absoluto, pueblo del que puede decirse que no es conservador, porque su espíritu no está honda, vitalmente adherido a nada, pueblo al que por esa misma razón le costará un esfuerzo terrible llegar a ser revolucionario»¹.

José Carlos escribe esta nota a partir de sentirse aludido y descubierto en la intimidad, en la organización de sus sentimientos de pertenencia. La nota supone un diálogo implícito con Falcón, amistad y espíritu, en ese momento, afín al suyo. Podemos, libremente, reconstruir lo que Falcón le diría: «mira, tú eres parte de ese pueblo sin Dios, tú eres un alma vagabunda, tú eres un sujeto inasible». José Carlos va acusar la arremetida de Falcón y lo expresa en la misma nota:

«Falcón me siente otro desesperado del *Pueblo sin Dios*. Probablemente no se engaña, no sabe él, hasta qué punto las páginas de su relato han exacerbado la preocupación más dramática y profunda. Falcón ha escrito este libro fuerte y sincero, con su sangre. Hay en él una pasión, más dolor por el Perú que en todo lo que aquí se bautiza con el nombre convencional y equívoco de nacionalismo. Por eso mismo, no encontrará mucho consenso ni mucha resonancia. Falcón es uno de los hombres que dan fe de la presencia espiritual del peruano»².

1 En *Labor*, año 1, n° 7, Lima, 21 de febrero de 1929, p.3.

2 *Loc. cit.*

Esta misma confesión de pertenencia y rechazo al *éthos* mestizo, la volvemos a encontrar si recuperamos a Mariátegui en el juego de proyecciones que desarrolla sobre Valdelomar: «Tiene Valdelomar la sensibilidad cosmopolita y viajera del hombre moderno. New York, Time Square son motivos que le atraen tanto como la aldea encantada. Del piso 54 de Woolwork pasa sin esfuerzo a la yerba-santa y la verdolaga de los primeros soledosos caminos de su infancia. (...) Valdelomar fue un hombre nómade, versátil, inquieto como su tiempo (...) reúne, elevadas a su máxima potencia las cualidades y defectos del mestizo costeño»³. Mestizos costeños ambos, de Huacho y de Pisco, de las caletas de pescadores Carquín y San Andrés. La identificación de sentimientos se acentúa en el juego de rechazos a las «disonancias mestizas o huachafas»: «Una tarde en el Palais Concert, Valdelomar me dijo: 'Mariátegui, a la leve y fina libélula motejan aquí de chupajeringa'. Yo, tan decadente como él, entonces, lo excité a reivindicar los nobles y ofendidos fueros de la libélula. Valdelomar pidió al mozo unas cuartillas. Y escribió sobre una mesa del café melifluamente rumoroso uno de sus 'diálogos máximos'. Su humorismo era así, inocente, infantil, lírico. Era una reacción de un alma afinada y pulcra contra la vulgaridad y huachafaría de un ambiente provinciano monótono. Le molestaban los hombres 'gordos y borrachos', los prendedores de libra, los puños postizos y los zapatos con elástico»⁴.

En otro momento, Mariátegui desarrolla el concepto de esterilidad e impureza del mestizo: falta de sentido del deber e insensibilidad al progreso. La «mezcla racial» provocaría la pérdida inevitable de carácter y fecundidad. El concepto surge cuando hace suya la descripción de Valcárcel de los pueblos mestizos de la sierra: «pueblo parasitario, anquilosado, canceroso, alcohólico y carcomido, donde han degenerado en un mestizaje negativo las cualidades del español y del indio». La esterilidad la extiende al sentido del progreso y la individuación: la impronta que deja el individua-

3 *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, ed. Amauta, 1981, p. 308.

4 *Ibid.*, p. 304.

lismo español en la cultura indígena sería inapelable. Así no se explica el cholo emergente de hoy. Aquí encontramos un límite de Mariátegui. Este punto de vista aparece cuando responde a la defensa que hace Sánchez del potencial cultural de lo criollo y lo cholo. Luis Alberto Sánchez los ve «fruto genuino de la tierra, del mestizaje, del proceso de civilización dentro de un territorio» (...) «criollo son el cholo y el zambo; y yo me siento cholo y lo soy, como lo es Valcárcel»⁵. Mariátegui reconoce que el criollo es una variedad de mestizo: «El criollo no está netamente definido. Hasta ahora la palabra 'criollo' no es casi más que un término que nos sirve para designar una pluralidad de mestizos»⁶. También que el mestizo sea individualista. «Pero -destaca Mariátegui- el áspero individualismo fbero, no ha conservado al menos, en éste trópico, su recia fibra original. Injertado en la psicología indígena, ha degenerado en un egotismo estéril y mórbido. El peruano, por ende, no resulta individualista, sino simplemente anarcoide»⁷.

Este bloqueo inicial, esta incapacidad para ordenar un proyecto, da paso a un momento de protesta y luego a una conversión. Ocurre una vez que el mestizo-criollo sale de su hábitat, el burgo mestizo, y es tocado por el efecto de distanciamiento y auto-revelación provocados por su contacto con Europa. En el exilio opera el cambio: reconocido en su bastardía española, valora aquello que lo vincula a lo indígena. Distanciado del «criollismo domesticado y sin orgullo nativo», asoma la posibilidad de la protesta. Momento de reacción que coloca al mestizo en una privilegiada y desgarradora situación liminal: adquiere la lucidez de la conciencia desasida y aflora la transparencia del desarraigo. Punto de partida para una probable reconciliación. Vuelve aquí a proyectarse sobre Valdelomar: «Una vez europeizado, el criollo de hoy difícilmente deja de darse cuenta del drama del Perú. Es él precisamente el que, reconociéndose a sí mismo como un español bastardeado, siente que el indio debe ser el cimiento de la nacionalidad. Valdelomar, criollo costeño,

5 Luis Alberto Sánchez, *La Polémica del indigenismo*, Mosca Azul, Lima, 1976.

6 José Carlos Mariátegui, *op. cit.*, p. 353.

7 José Carlos Mariátegui, *Peruanicemos el Perú*, Ed. Amauta, Lima, 1972, p. 54.

de regreso de Italia, impregnado de danunzianismo y de snobismo, experimenta su máximo deslumbramiento cuando descubre, o más bien imagina, la belleza del inkario. Mientras el criollo puro conserva generalmente su espíritu colonial, el criollo europeizado se rebela, en nuestro tiempo, contra ese espíritu, aunque sólo como protesta contra su limitación y su arcaísmo».

Mariátegui regresa en varios pasajes sobre este efecto europeo de andinización. Tomando la trayectoria de Waldo Frank describe su experiencia: «Como él, yo no me sentí americano sino en Europa. Por los caminos de Europa, encontré el país de América que yo había dejado y que había vivido casi extraño y ausente. Europa me reveló hasta qué punto pertenecía a un mundo primitivo y caótico; y al mismo tiempo me impuso, me esclareció el deber de una tarea americana. Por esto algún tiempo después de mi regreso, yo tenía una conciencia clara, una noción nítida. Sabía que Europa me había restituido, cuando parecía haberme conquistado enteramente, al Perú y a América (...) Europa quiere de nosotros la expresión de nosotros mismos»⁸. Valdelomar, Frank o Mariátegui. En este punto las trayectorias son convergentes. Los unen las percepciones y la conciencia de la gravitación y presencia de las tradiciones aborígenes. El símil en un sentido es más cercano a Valdelomar. Mariátegui, al regreso de Europa, impregnado del *élan* revolucionario del socialismo italiano y del eco soreliano del sindicalismo turinés, con la presencia vital de Ana Chiappe y su primer hijo, redefine el curso de su biografía: se orienta en una nueva vocación. Inicia el camino de fundación andina del socialismo peruano⁹. No usa más seudónimos. Al lado de los nombres de Francisco Javier, Foción (más próximo en el escenario), el nombre José Carlos otorga un nuevo significado cultural y político al apellido Mariátegui. Un significado mestizo y popular.

La conciencia mestiza, y el atisbo de una reconciliación con la tradición andina materna la podemos rastrear en los escritos sobre la

8 José Carlos Mariátegui, *El Alma Matinal*, Ed. Amauta, Lima, 1987, p. 162.

9 Alberto Flores Galindo, *La agonía de Mariátegui*, Instituto Apoyo Agrario, Lima, 1989.

peruanidad, de 1925 en adelante¹⁰. Centrémonos en sus reflexiones autobiográficas. En los textos donde aparece tematizado explícitamente. Particularmente, en uno inédito en la vida de Mariátegui. Forma parte de los textos de *Alma matinal*. Curiosamente es el único artículo inédito. Mariátegui en tono confesional reflexiona: «Yo soy un meridional, un sudamericano, un criollo en la acepción étnica de la palabra. Soy una mezcla de raza española y de raza india. Tengo, pues, algo de occidental y de latino; pero tengo más, mucho más de oriental y de asiático. A medias soy sensual y a medias soy místico. Mi misticismo me aproxima espiritualmente al arte gótico. Un indio está aparentemente tan lejos del arte gótico como del arte griego, del Partenón como de Notre Dame. Pero ésta no es sino una apariencia. El indio, como el egipcio tuvo el gusto de las estatuas pétreas, de las figuras hieráticas. Yo, a pesar de ser indio y acaso porque soy indio, amo el arte gótico. Más no me duelo que en Roma no exista. En Roma toda mi sensualidad meridional y española se despierta y exulta. Y me embriago de paganismo como si me embriagase de vino Frascati»¹¹.

No sabemos la fecha de este artículo. Si sabemos de la importancia que le dió Mariátegui a *Alma Matinal*. Personalmente se encargó de seleccionar y clasificar los artículos publicados, y dejó manuscrito el nombre del título, podemos suponer que es escrito en los últimos años de su vida. Por el mismo tiempo que escribe la nota al libro de Falcón *Pueblo sin Dios (Labor, febrero de 1929)*. Ambos artículos informan de un momento en el cual Mariátegui asume la reflexión explícita de su conflictiva relación con su sustrato étnico. Acaso, en estos momentos, Mariátegui redescubre la gravitación de su filiación andina materna. Probablemente le acontecía lo que pen-

10 Esta revelación del potencial mestizo andino forma parte de la recreación de una imagen del Perú deseado: «el indio es el cimiento de nuestra nacionalidad en formación (...) sin el indio no hay peruanidad posible». Imagen esperanzada en el despliegue de la modernidad andina. Momento de reflexión que aparece en los escritos de Mariátegui a fines de 1924, movilizado por su participación, al lado de Pedro Zulen, en el congreso indígena de la Tawantinsuyo, la discusión con el indigenismo anarquista en la Convención Obrera Textil (1924), y, también, influido por los trabajos de Hildebrando Castro Pozo.

11 *Alma Matinal*, p. 77.

só ocurría a Valdelomar al final de su vida: «revivió su infancia en una aldea de pescadores. Descubrió, inexperto pero clarividente, la cantera de nuestro pasado autóctono». Revivir experiencias fundantes. Buscar en las raíces. «Las impresiones de su infancia, transcurrida en una apacible caleta de pescadores gravitan melodiosamente en su subconciencia. Valdelomar es singularmente sensible a las cosas rústicas. La emoción de su infancia está hecha de hogar, playa y campo»¹². Carquín o Pisco, parecieran intercambiables. Notable parentesco de Mariátegui con quien «murió a los treinta años cuando él mismo no había conseguido aún encontrarse, definirse»¹³.

AGRADECIMIENTOS

Este artículo fue posible gracias a una intuición despertada en una visita a Sayán, compartida con Gonzalo Portocarrero, Humberto Rodríguez Pastor y los amigos Elena Castro y Jorge Canales, mariateguistas de Huacho. En el valle abrigado de Sayán, después de visitar la Iglesia del pueblo y comer los pasteles de una familia que los prepara por cuatro generaciones, Jorge insistió en la fuerte influencia andina que ejerciera Candelaria Ballejos, comunera de Lacsaura, y abuela materna, sobre José Carlos Mariátegui. Esta información y el ambiente sobrecogedor de Sayán, al pie de la sierra, me sugirió la idea que el artículo desarrolla. Mis agradecimientos a los compañeros de aquella agradable visita, y particularmente a Gonzalo Portocarrero por la insistencia en escribir la ponencia y acompañarme en su precisión a lo largo de varios borradores. Igualmente a Giuliana Lastres, Daniel Del Castillo, Guillermo Rochabrún y Orlando Plaza por sus estimulantes comentarios.

12 José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos...*, p. 307.

13 *Ibid.*, p. 303.